

vida, representadas por tantos antagonismos en aquel sitio bellísimo, consagrado por el genio cristiano y conocido cual una de las maravillas del mundo. Lo que dijimos de nuestra Eva debemos aplicarlo con igual razón y motivo á la mujer de Noé. Como aquélla se agranda en el transcurso de los siglos y reviste varias formas, ésta se agranda también y toma en la metamorfosis de su vida varias personificaciones. El antiguo libro hebreo habrá podido negarle hasta un nombre, y olvidarla por completo en los términos segundos y terceros de su narración inspiradísima; pero el genio de los artistas cristianos, que ha sabido recoger y avivar todos estos personajes, los ha resucitado y los ha esclarecido con el brillo de sus inspiraciones. Así la mujer de Noé, que no resplandece por modo ninguno en la Biblia, y que resulta un personaje de orden secundario en todas las relaciones bíblicas, reaparece rediviva merced al arte, y toma una propia fisonomía en aquellas cumbres inundadas por eterna luz de verdadera inspiración.

No le pidáis á Gozzoli, autor del fresco célebre que mencionamos, fidelidad ninguna en la escena que se propone reproducir sobre las paredes sacras del histórico cementerio. Para él no es Asia, sino Toscana, el teatro de tal escena. Para él no son los nuevos padres de la humanidad quienes allí se agi-

tan y viven, sino los conciudadanos suyos de aquellas ciudades que parecen museos y de aquellos campos que parecen jardines. Ninguna huella de diluvio en el terreno cultivado por una civilización muy avanzada, ninguna sombra de combate con los elementos desencadenados, ninguna, en aquellas mujeres tan felices como pastoras de idilio y égloga. La esposa de Noé ostenta la feliz armonía que van los albores del Renacimiento concertando entre la forma humana y la naturaleza viva. Todos los trajes de una civilización avanzada revisten á la primitiva mujer que acababa de hallar, como por un milagro de la celeste predilección, la vid, la planta entre las plantas. Por todas partes descubren los ojos en el animado cuadro aquellos enseres de vendimia que no podían conocer nuestros atrasados abuelos prehistóricos, y que representan el triunfo de la fuerza humana sobre la fuerza material. Pero la representación allí de la mujer, que provee á todos los trabajos, que preside todo aquel movimiento, que arregla los enseres, que impulsa la vendimia, significa verdaderamente la parte prestable por la compañera del pródigo labrador á las faenas agrícolas, y la parte mayor que prestaría indudablemente la mujer de Noé allá cuando los instrumentos inventados más tarde no auxiliaban al hombre de ninguna manera en la necesaria medida. Casual-



mente ninguno entre los trabajos del campo tan propio de la mujer como el trabajo natural en las vendimias. Hase abusado mucho de la cooptación femenil en las industrias varoniles. Tiempos bárbaros y sociedades primitivas han abrumado á la hembra humana como si fuese una bestia de carga. Pero en el otoño, cuando la frescura del aire convida con sus halagos al trabajo campestre, por aquellos días tibios y hermosos, pisando los pámpanos áureos y purpúreos, recogiendo las olorosas emanaciones de sarmientos y uvas, la mujer puede muy bien sobre la cepa inclinarse ó tender los brazos á la parra, en aquella obra verdaderamente poética de cortar los racimos para que pasen á los cernachos, y de los cernachos á los cubos, y de los cubos á los lagares, dando así el vívido zumo que parece destila por la humedad del suelo y por la luz del sol para doblar la vida y fortalecerla con esa especie de calor fecundo derramado por las venas y confundido con la sangre, que presta indudablemente fuerzas muy vivificadoras á nuestro sér, y lo alienta y lo anima, por lo cual ha merecido la vida una eterna bendición á todas las generaciones.

En verdad que la embriaguez de Noé, pintada por Gozzolli en el cementerio pisano, si, por una parte, representa los fatales excesos del vino, por

otra parte representa las fuerzas tomadas por el género humano en cuanto probó el licor que da verdadero ánimo aun á los más débiles y alegría y regocijo aun á los más tristes. A la izquierda del espectador el patriarca hebreo, de larga barba y majestuoso porte, presencia las vendimias, apoyado en uno de sus pequeñuelos. Todo es allí alegría. Aquel teatro del arte no representa una viña nuestra, en que las cepas están unas de otras apartadas y tendidas todas por el suelo; representa inmenso parral italiano, á cuyas cimas y follajes ascienden los muchachuelos, ganosos de recoger, entre los pámpanos pintados y relucientes, las uvas maduras al sol fecundo y pródigo de Septiembre. Hermosas vendimiadoras, en cuyos cuerpos gallardísimos parece ya florecer la forma propia del Renacimiento, reciben de los que gatean y cortan el fruto entre los sarmientos la vendimia en grandes circulares y armoniosas cestas de bien compuestos y enlazados mimbres, las cuales dan á sus esféricas y graciosas cabezas el aire de canéforas griegas. Junto á Noé están su mujer, las mujeres de sus hijos, un bello grupo femenino, ayudándole con todo empeño en celebrar al mismo tiempo que dirigir el hermoso trabajo. Naturalmente, como se trata de una pintura católica, siquier animada por los albores del Renacimiento, no está en aquel



cuadro la Bacante griega, medio desnuda ó mal envuelta en sus pieles de pantera, con la corona de pámpanos en la frente y el tirso cubierto de hiedra en las manos, lanzando, entre las carcajadas regocijantes de la embriaguez y el cantar voluptuoso de coros enardecidos por vida nueva, las palabras incoherentes que vuelan, como enjambres de zumbadoras abejas, sobre los antiguos viñedos. Todo es aquí reposo, tranquilidad, medida, en la vendimia, que podríamos llamar bíblica, muy semejante por cierto de la vendimia clásica. Pero el gozo que lleva consigo ese grato zumo de las uvas no ha podido allí tampoco desconocerse ni ocultarse, aunque la medida cristiana reemplace al viejo delirio de los sentidos en los antiguos tiempos y en las antiguas costumbres. Vigorosos mancebos con los brazos en jarras, las piernas y los pies desnudos, pisan acompasados, como si pisaran en regocijante baile clásico, las uvas recién cogidas en cubos muy fuertes que rebosan de sus bocas mosto muy rojo, cuyo vapor lleva su natural alegría por todos los objetos, aun los más inanimados é inertes. Destácase, por completo, en aquellos grupos armoniosísimos una vendimiadora, quien lleva sobre su helénico cráneo, en el que late ya la estatua clásica y su próxima resurrección, una cesta de racimos, cuyo rojo color contrasta con el ver-

de traje ceñido á la plácida figura, de un movimiento rápido y de una gracia verdaderamente admirable, como si el germen de la nueva humanidad generada por el Renacimiento estuviese ya en su armoniosísimo seno y en su natural actitud. Noé recibe muy cerca de todos estos grupos un cáliz de oro, en el cual va contenido el mosto nuevo, que ha de fortalecer su decadente vejez y ha de alegrar sus embotados sentidos. Efectivamente, así en los comienzos de la historia antigua representados por los libros hebreos, cual en los comienzos del arte moderno representado en los frescos de Pisa, significa el vino contento y alegría.

Estos cuadros, á no dudarlo, representan una especie de despertar en la vida y una especie de savia nueva y de nueva sangre difundidas por las venas del humano linaje. Cortado el drama en varios cuadros ó compartimentos, represéntanse aparte y aisladas sus escenas. Una es la vendimia, otra la presentación del mosto á Noé, y otra el gozo excesivo de éste, llegando á convertirse por ley natural en delirante borrachera. Así en uno de los cuadros están representados ya los efectos de aquel vino. Y no revelan ciertamente la grande alegría que asaltaría en otros pueblos y en otros tiempos al Baco delirante y frenético, arrastrado en carrera vertiginosa por los vapores del vino; revela el pesado sue-



ño que se asemeja en mucho al sueño de la muerte. El patriarca está completamente desnudo, como quien ha roto las propias vestiduras, y tendido en el suelo como quien se ha fatigado mucho tras un verdadero delirio. Sus hijos le rodean, burlón y mofador el uno contra los respetos debidos al padre; otro muy triste y recogido en sí, como quien participa de la vergüenza paternal, y otro adelantándose á cubrir y tapar aquellas escandalosas desnudeces. El tipo que más demuestra cómo renace la vida en los senos del Renacimiento es, á no dudarlo, el tipo de la vergonzosa, tan celebrado y popular en Italia, el tipo de la joven aquella que se tapa la cara muy ruborosa con sus manos, y entre los dedos abiertos mira lo mismo de que quiere huir y preservarse. No cabe duda que las artes del Renacimiento han dejado en sus estatuas y en sus grupos como bellas representaciones de dos teologías, de la teología helena y de la teología bíblica. Después del cementerio pisano viene la capilla Sixtina, y después de la capilla Sixtina vienen las logias de Rafael. La segunda maravilla del arte moderno muestra cómo ha redoblado el calor vital en la persona de Noé rendido á la embriaguez. En la tercer maravilla, ó sea, en las logias, Rafael ha representado al patriarca dando sus órdenes para que los trabajadores acopien los materiales exigidos por la construcción del

arca, y tras este acopio el diluvio, y tras el diluvio Noé y su mujer, después de haber bajado á tierra en monte Ararat, contemplando los estragos del mal y doliéndose de tantos desastres como por todas partes se descubren. La inspiración del gran artista resplandece con más nuevo resplandor en este bellísimo cuadro. Aquella mujer, aunque nervuda y fuerte como todas las mujeres del Renacimiento, y en su fortaleza, de una grande armonía, muestra el horror que le causan las penas infligidas al mundo con una impresión superior, bajo varios aspectos, á la expresión misma de Noé, siquier los dos presencien iguales tristezas. Los caracteres universales, á cada uno de los sexos correspondientes, hállanse con diversidad filosófica expresados en los esposos, contenido el uno y como fuera de sí la otra, presas ambos de un mismo dolor, que sacude á cada cual opuesta y contrariamente por su diversa respectiva naturaleza. No puede, no, sobrepujar ningún arte á este del Renacimiento por la expresión, absolutamente ninguno. Aquellos seres representados por el pincel de Urbino significan la grande armonía del hombre con la naturaleza, en cuyo seno brotan y de cuyo seno se nutren como los árboles. Así es que todas las victorias de la fuerza humana sobre la fuerza natural están admirablemente representadas en todos los frescos de



Rafael, que caracterizan el Renacimiento, y caracterizando esta edad, caracterizan también uno de los períodos más bellos y más armoniosos del mundo. Y, en verdad, pocas, muy pocas imágenes en la historia capaces de representar el progreso humano como esta imagen de mujer, que pisa la tierra húmeda todavía por las aguas del diluvio y saca del seno de aquellos estragos nuevos vegetales, cuyas ramas coronan las sienes del hombre con guirnaldas simbólicas del triunfo y encienden y enardecen el calor de su vida. Por eso las figuras cíclicas del Renacimiento, como la mujer de Noé, son letras expresivas de un poema épico, el cual tiene por argumento y por objeto el triunfo de las fuerzas humanas sobre las fuerzas naturales que abruma y esclavizan á nuestra mísera especie.

Así la pobre humanidad ha podido caminar hollando vías dolorosas al cumplimiento de las grandes idealidades congénitas á su mente y al dominio é imperio sobre la naturaleza. Estos patriarcas y profetas de las tradiciones bíblicas, á quienes la Iglesia llama santos, mirados al resplandor de la razón, resultan héroes también de la humanidad y ornatos de la profana historia. El uno ha pulido la piedra; el otro ha encontrado las armas del combate necesarias para dar un paso, encontrando el hierro; ha levantado éste la primer cabaña; some-

tido aquél los primeros animales insumisos; trabajado todos, cada cual en su respectivo ministerio, y según sus inclinaciones, por el progreso universal y por la comunicación estrecha entre nuestro espíritu y nuestro planeta. Naturalmente, seres tan apartados en el espacio y en el tiempo de nosotros, toman á la vista de quienes los miran ó los columbran tras el velo de tantos siglos, aquellos rígidos aspectos de las figuras bizantinas entalladas en las primeras iglesias, y que parecen, por su desmesurada estatura y por su inmovilidad fría, por todo su carácter litúrgico, pertenecientes á otro mundo y á otra humanidad. En el refinamiento del gusto moderno, en la delicadeza y ternura del sexo hermoso, cuando tantas artificiales pasiones ha sobrepuesto la civilización á nuestro natural pristino, interesamos poco la primera mujer que aechó trigo y que cortó uvas. Robusta, fuerte, hombruna, dotada por el cielo de las propensiones bélicas indispensables á quienes han de sustentar un combate, pero ajenas á la mujer, tal como nosotros la comprendemos en el santuario de la casa, interésanos poco, á pesar de que sin ella no habríamos podido entrar en el seno de las complicadas y progresivas sociedades, con cuyos triunfos tanto nos envanecemos y de cuyos progresos tanto nos pagamos. Dad por bueno cuanto atribuye la tradi-



ción á Noé, y veréis cuán dificultosa la participación tenida en todos estos hercúleos trabajos por quien sufrió las terribles inundaciones del diluvio, flotó en aquella espantosa tormenta, cuidó de los seres confiados á su custodia y necesarios para la difusión y perpetuidad de nuestra vida, bajó del arca sobre la tierra humedecida por las aguas y destrozada por las catástrofes, y ayudó á plantar la viña que había de darnos jugos indispensables al calor y al movimiento de nuestra sangre.

Tienen tanta grandeza todos estos caracteres verdaderamente típicos, y representan por tal modo una fase necesaria del humano linaje, que se reproducen bajo varios aspectos y entran en todas las viejas teogonías, representativas de los albores del mundo y de la historia. Si á Noé debemos llamarle como el segundo padre, á su mujer debemos llamarla como la segunda madre de nuestra humanidad. Aquel Deucalión que arrojaba los huesos de la tierra, los cantos á sus espaldas y surgían de cada uno otros tantos hombres, personifica, cual Noé, la edad espantosa del diluvio, y se llama el segundo excelente, alusión confusa en verdad, pero alusión á una especie de primero y predecesor excelente, que debe ser un Adán helénico. No menos parentesco tiene con el patriarca un Manú, como aquel indio que construye la nave donde también

se preservan al diluvio los gérmenes de nuevos seres, y aquel Yima caldeo que construye un jardín, cercado en eminencia inaccesible, y aquel Minos que personifica la muerte, y tantos otros en contacto con las edades prehistóricas y portadores de los primeros destinos humanos. Adán, Túbal, Noé, Prometeo, los titanes alzados al cielo por escalas de montañas, los monstruos nacidos en los mares, y cuyas extremidades se confunden con el organismo animal, aquellos gigantes de la Biblia tan altos y tan perdurables como los cedros del viejo Líbano, representan las primeras metamorfosis de la humanidad y las formas primeras que debió revestir la especie nuestra desde su origen casi animal á la espiritualidad y á sus luminosos ideales. Pues las mujeres de todos estos varones representan, por su parte, facetas brillantísimas también del humano espíritu en su determinación femenil. Eva, nuestra madre; Pirra, la del diluvio helénico; Pandora, la triste, á cuyo descuido se debió que los males todos huyeran del vaso puesto bajo su custodia y se desparramaran por los suelos; Helena, la nefesta para su pueblo y patria; esta mujer de Noé, tantas veces mencionada en la Biblia y tan unida con los comienzos del género humano, parecen como las esfinges colocadas en los vestíbulos de la historia para guardar la germinación del espíritu



y asistir al nacimiento de los pueblos. Nosotros, libres ya merced á tanto esfuerzo, advenidos por una serie de redenciones sucesivas á la plena emancipación, soberanos en el planeta, poseedores del humano espíritu, debemos bendecir á estas redentoras mujeres, considerando cuánto padecieron para reabrir, después de haber triunfado el mal entre los hombres, las primeras vías del progreso á la doliente humanidad.

Lo que principalmente la familia de Noé personifica es el triunfo de los trabajos agrícolas sobre las fuerzas desordenadas de la naturaleza. Noé y su esposa resultan, mirados tras tantos siglos, personificación verdadera de la familia labradora. Verdad que Caín les precede; pero Caín, allá en los tiempos cuaternarios, representa el trabajo explorador, que derriba con su hacha de pedernal aquellos árboles gigantescos y prepara para siembras y plantíos la tierra, no como Noé, la próspera cosecha ya completamente trabajada y recogida. En los libros santos Dios confía como trabajo singular al hombre paradisiaco el cultivo de los campos. «Dioles, dice la Biblia, Dios al primer hombre y á la primera mujer un jardín para que de consuno lo cultivasen.» No les faltó trabajo en el edén, porque para trabajar les criaron. Lo que les faltó fué sin duda el plural de tal nombre, los trabajos, insepa-

rables compañeros del mal y del pecado. Pero en el jardín aquel sin mancha cultivaron indudablemente los primeros padres el campo sin esfuerzo. La misma poesía profana presenta el recuerdo placidísimo de días tales, en que las ovejas ofrecían sus tetas ubérrimas al sediento labio; los arroyos buscaban de grado las raíces del arbusto para fecundarlas y ceñir de flores y cargar de frutos el ramaje; los troncos de los árboles destilaban mieles depositadas allí por enjambres sonoros sin aguijón ninguno; florecían las verdes colinas pobladas por multicolores insectos; el coro de las aves, sin miedo entonces á las especies rapaces, entonaban himnos interminables, y el coro de las estrellas, jamás encubiertas por las nubes y por las sombras, lucían con resplandores inextinguibles. Pero todos los seres criados sobre la tierra, y puestos en el edén muy concertadamente, necesitaban el cuidado supremo de aquel hombre primitivo á quien el Criador se los confiara en su misericordiosa providencia. Y el primer hombre bíblico antes del pecado, ó sea nuestro padre Adán, trabajaba con la cooperación de todas las fuerzas naturales, mientras después del pecado trabajaba el segundo hombre bíblico, es decir, Caín, contra todas las fuerzas naturales subvertidas y airadas al sentir cómo el corrosivo pecado caía sobre su seno. Caín es el



hacha que derriba, el instrumento asolador que mata, el esfuerzo que abre los primeros surcos, mientras Noé representa la grande armonía del trabajo verdaderamente agrícola y la cosecha recogida en paz y aprovechada con verdadera satisfacción entre campestres regocijos. El trabajo comienza en él á ser mucho más agradable y fecundo y á despojarse de aquellos caracteres de guerra y de combate que tomara en los tiempos del feroz Caín. La tierra se va poco á poco reconciliando con la humanidad y recibiendo por sus poros el espíritu.

¡Cuántos esfuerzos no han sido necesarios para llegar hasta Noé! La historia de los patriarcas, desde la creación hasta el diluvio, apenas tiene seis capítulos del Génesis, capítulos concisos todos ellos, de treinta y dos versículos el que más. Y á pesar de su brevedad y concisión encierra desde las grandes transformaciones geológicas á las grandes transformaciones industriales. Dos genealogías, cuya raíz común es Adán, se bifurcan, la una descendiente de Caín, el malo, y la otra descendiente de Set, el bueno. La genealogía de Caín genera todos los grandes industriales hasta Túbal, en quien comienza la edad verdadera de cobre, y la genealogía de Set engendra todos los grandes agricultores hasta Noé. De ningún modo la viña hubiese aparecido en el planeta sin que aquellos

hombres tan fuertes domaran los animales indómitos y los uncieran al pesado yugo, á fin de abrir con ellos, y sujetándolos so la mano, el surco, donde las semillas caen, brotan, florecen, fructifican. Y no solamente se necesitó la sujeción de los animales al hombre alcanzada tras tenaces resistencias, necesitóse también forjar esos férreos instrumentos que hieren y abren el seno de nuestra madre buscando en sus entrañas la vida universal. Examinad la descendencia de Caín y veréis cómo revela en sus primeros representantes todos los progresos y todos los adelantos del humano trabajo, á cuyo término coronará la espiga el trigo, brillará entre los pámpanos el racimo y los frutales se ceñirán á una con guirnaldas de olorosas flores y con copia de sabrosos frutos. Henoch, hijo de Caín, construye un hogar. Javal fija la tienda que llevaban los primeros nómadas sobre sus hombros, y convierte muchas especies, de bravías, en domésticas. Túbal inventa las flautas, cuyos ecos acompañan el cántico de las aves y expiden las notas melodiosas del arte bajo los cielos y sobre los campos, y prepara como cera el hierro, y al preparar el hierro forja el azadón que abre los hoyos y el arado que abre los surcos. Entonces ya comienza el mundo, relativamente redimido por estos grandiosos esfuerzos del trabajo,